

ANÁLISIS DEL ESTATUS ONTOLÓGICO DEL *DATO* EN CIENCIAS SOCIALES EN RELACIÓN CON LOS  
MÉTODOS CUALITATIVOS Y CUANTITATIVOS: HACIA UNA EPISTEMOLOGÍA LIBERADORA

MARIANO R. GIALDINO

[MGIALDINO@CEIL-CONICET.GOV.AR](mailto:MGIALDINO@CEIL-CONICET.GOV.AR)

[MARIANO@GIALDINO@GMAIL.COM](mailto:MARIANO@GIALDINO@GMAIL.COM)

CEIL - CONICET

RESUMEN

La relación de dependencia que todo saber científico posee respecto de los *datos* con los que articula su discurso es tan notoria que puede decirse, muy en general que, salvo contradecirlos, le está permitido todo. Un “dato”, al aparecer en un discurso científico, no puede menos que venir a representar el único anclaje posible, el lazo de unión exclusivo entre la teoría (trascendente, abstracta, universal) y el mundo (inmanente, concreto, particular). Sin datos, el discurso científico no podría diferenciar su género de cualquier otra narrativa, sin pretensiones *descriptivas* y *explicativas sobre el universo y su funcionamiento*. Epistemológicamente, el problema surge de manera bien temprana debido a que los *datos* son aquello que precisamente se obtiene en buena parte *durante* el proceso de la investigación, y por ende es siempre necesario, de alguna u otra manera, una teorización *abstracta* y *a priori* en la que se establezca qué va a considerarse *dato* y *qué no*, durante dicha investigación. Dicha opción que, repetimos, no es resultado de la investigación sino una de sus condiciones de posibilidad, determinará indefectiblemente los métodos adoptados y el marco general de validez en el que se mediará el vínculo entre *teoría* y *mundo*, o entre el sujeto que conoce y el “objeto” que es conocido. Allí estriba precisamente el carácter paradójico del conocimiento científico debido a que, lo que va a ser considerado como “dato” y garantía de objetividad es algo que siempre debe establecerse *a priori* de la obtención y análisis de esos mismos *datos* y cuya validez no depende de ninguna objetividad posible. Por el contrario, los datos suelen ser

aquello sobre lo que descansan los intentos *objetivistas*, y por ende no pueden ser ellos mismos objetivables, sino establecidos arbitraria y axiomáticamente.

A esto debemos la prioridad lógico-ontológica de la epistemología respecto de cualquier consideración metodológica. Una opción metodológica no se encuentra nunca fundamentada en los datos debido a que es lo que permite su acceso e interpretación, y por eso se trata más bien del corolario de una adscripción, *a priori* y *abstracta*, sobre consideraciones existenciales sobre el “ser” de la realidad y de aquello que puede ser conocido. Así cómo los métodos presuponen lo epistemológico, esto último supone un marco ontológico. Es lógico que si se presupone que “la verdad” se encuentra en el Texto Sagrado se privilegie, como método de acceso y conocimiento de la realidad, el latín de la escolástica al telescopio de Galileo.

Es inevitable que el discurso científico parta de presupuestos no objetivables ni observables, anteriores y determinantes de la investigación empírica. Esta imposibilidad por partir de fundamentos no abstractos e ideales, por menos que sean, es aquello que nutre al pensamiento científico-*escéptico* y a filosofías que orientaron el desarrollo del conocimiento científico empírico tales como el *falsacionismo*. Galileo tendría los mismos problemas que los ministros de la Iglesia para fundamentar que es mediante los sentidos, y no el intelecto atento a la revelación, que los seres humanos conocen “*lo verdadero*”. Suponer que “lo real” es accesible mediante los sentidos, el intelecto, el tercer ojo, o cualquier otra facultad imaginable, no es algo que se pueda demostrar científicamente sino que es la explicación científica quién requiere la opción por alguna de dichas suposiciones. Presumir que la vigilia es más “real” que el sueño es tan arbitrario como suponer lo contrario, o sostener que todo es realidad, o todo sueño; el problema será siempre que las definiciones de “lo real”, “lo verdadero”, etc., deberán ser *a priori* de la investigación, cuya objetividad por eso mismo queda contaminada desde el germen. En esta línea y la de Wolcott (1994), Sandelowski et. al. (2009) nos recuerda que *todo tiene el potencial de ser dato, pero nada se convierte en dato sin la intervención de un investigador que toma notas –y a veces hace notas- sobre algunas cosas, excluyendo otras.*

Esto es aquello que define el aspecto ontológico, en el que se adhiere a una narrativa posible sobre lo que es la realidad. De la opción ontológica que los y las

investigadores realicen respecto del *ser* de lo “real” dependerá un marco epistemológico en tanto conjunto de principios rectores en lo que hace a la validez del proceso de conocimiento. *Válido*, será un conocimiento que se ajuste a una normativa epistemológica convencional, que es aquella que garantiza que el marco ontológico del investigador, igualmente arbitrario y presupuesto, será respetado. Corresponde a los Programas de Investigación Científicos definidos por Lakatos (1987) constituirse precisamente como aquellos garantes de la validez del conocimiento científico, a cuyos marcos teóricos, arbitrarios, cambiantes y convencionales, deberán ajustarse los conocimientos elaborados hasta que surja un nuevo “Programa”, en el que se adopten a nivel de su “núcleo duro” otras teorías y otras “verdades”. No estamos lejos de lo que el joven Kuhn define como “revoluciones científicas”, a saber, el abandono de un marco ontológico por otro, lo que arrastra un cambio en la epistemología y, por ende, en los métodos de investigación y conocimiento de “lo real de turno”.

Podría pensarse que uno de los aspectos más relevantes de la diferencia entre los métodos cualitativos y cuantitativos en Ciencias Sociales se encuentra en la consideración que cada uno de ellos hace respecto de lo que *es* un dato, particularmente del lugar y estatus que ocupa en el desarrollo del proceso de conocimiento así como de sus formas de análisis. ¿Es prioritario el dato o la teoría? ¿Puede haber dato sin teoría? ¿Puede ser válida una teorización a priori? ¿Debe la teoría buscar datos que la corroboren o que la falsen? ¿Es válida una teoría por el hecho de haber encontrado datos que no la contradigan? A este tipo de interrogantes toda investigación responde siempre, de alguna u otra manera, aún si nunca se los formula. La opción por lo cualitativo o lo cuantitativo descansa precisamente en aquello que los y las científic@s sociales pretenden conocer, los “datos” que desean considerar y “las explicaciones y resultados” que esperen obtener. Todo ello depende de un marco epistemológico alimentado por una definición del “ser” de la realidad que, no puede ser de otra manera, es tan arbitraria como trascendente y a priori.

Analizar el estatus ontológico que poseen los “datos” (ya de partida, ya de llegada) para los métodos cualitativos y cuantitativos obliga por eso mismo al estudio epistemológico de sus condiciones de validez y de sus presupuestos sobre el “ser” del mundo.

Reflexionar sobre lo que el mundo “es”, al entrelazar conocimiento con existencia, nos ayuda a comprender que todo predominio de un marco ontológico-epistemológico hegemónico representa la imposibilidad para el surgimiento no sólo de formas alternativas de “conocer el mundo” sino, sobre todo, de habitarlo, hablando ético-políticamente.

#### PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA

El conocimiento requiere *algo dado* a partir de lo que articular su discurso. Podría pensarse que *sin datos* sería imposible consolidar un discurso científico, motivo por el cual el dato posee respecto del conocimiento una anterioridad, por lo menos, lógica; antes de la astrología deberán existir los astros. Esta prioridad del *dato* respecto del discurso que intenta generar *conocimiento sobre y a partir de él* hace que los datos deban ser entes cuyos límites no puedan ser demasiado ambiguos y cuyo método de análisis y acceso tampoco quede indefinido. A estos aspectos, entre otros, se debe el que “lo dado” y “el dato” sean o representen entidades que no se confundan, por lo menos en su totalidad.

Así como el conocimiento requiere lógicamente del dato, el dato, a su vez, requiere de *lo dado*. Epistemológica, gnoseológica y ontológicamente, el problema empieza en este punto debido a que el intento por definir o siquiera hablar de lo que pueda llegar a ser “lo dado” en su pureza –esto es sin *mediación subjetiva de ningún tipo*–, por lo pronto, posee garantía de incertidumbre. Ya al hablar de “lo dado” se está imponiendo una *forma* a la experiencia, la forma precisa de ser un caso de “lo dado”. “Lo dado” es precisamente “lo dado” debido a que se lo *formaliza dentro de esa categoría*. Una categoría da *forma* a cualquier tipo de experiencia que, para ser tal, requiere de una *formalización subjetiva* en la que se hacen *ser* sus componentes. En la actividad gnoseológica es imposible adoptar por parte del sujeto que está *conociendo* una pasividad completa, debido a que siempre el sujeto *debe poner algo* suyo para, por lo menos, *formalizar esa experiencia de lo dado como experiencia de lo dado a sí mismo*. Este “poner” por parte del sujeto cognoscente equivale a una *intención*, en el sentido de proceso activo de formalización del fenómeno (Husserl 1976). Cuando

Rehmke en el siglo XIX intenta establecer los principios de la “ciencia fundamental”, interesado sobre todo en poder eliminar de manera decisiva las falsas oposiciones y los falsos conflictos metafísico-epistemológicos, lo que buscará será fundamentalmente esclarecer de manera definitiva los límites y relaciones entre aquello que “*es dado*” y aquello que “*es puesto*” en el proceso de todo conocimiento humano posible. El peso que se aplique a cada uno de dichos platillos hará bascular la perspectiva epistemológica del *sujeto cognoscente* en una escala cuyos extremos oscilan entre el empirismo más ortodoxo y el idealismo más radical: dos perspectivas que, histórica y científicamente, poseen resultados escépticos en lo que hace a la posibilidad del conocimiento científico de lo “real”.

Para ejemplificar esta problemática veremos las posturas de diferentes investigadores en relación con la *naturaleza de los datos* (Sandelowski et al, 2009) adentrándonos en una discusión que jamás podrá convertirse en diálogo debido a que los representantes de cada postura parten de presupuestos ontológicos distintos, lo que destina cualquier intento de aproximación al fracaso. De esta manera, nos encontramos con posturas como la de Kerlinger (1979) quién afirma que sólo “existen” los datos cuantitativos, debido a que todo “es” 1 o 0 (Miles y Huberman, 1994), mientras que autores como Berg (1989) parten de una postura en la que se asume que el dato cuantitativo “no existe”, y que todo dato “es” básica y esencialmente cualitativo. Como punto intermedio, y para mostrar lo complejo y “pre-científico” del problema, pensemos en un posicionamiento como el de Collins y Dressler (2008) en el que se acepta la “existencia” de los dos tipos de datos y se advierte que la línea divisoria entre datos cualitativos y cuantitativos es, además de difusa, permeable, a tal punto que los datos cualitativos pueden ser susceptibles de ser transformados en cuantitativos y viceversa (Sandelowski et al, 2009). Como se habrá notado, todas estas perspectivas deben ser adoptadas *previamente* al proceso de investigación y suponen una opción ontológica anterior a cualquier evidencia empírica que, justamente, podrá ser evidencia empírica sólo una vez que se haya adoptado un criterio ontológico-epistemológico al que apelar sobre la cuestión de la validez de los datos y su análisis. Antes del “dato”, pues, nos encontramos con una postura metafísica pre-científica en la que los investigadores optan, con fundamentos no empíricos, sobre una definición posible y arbitraria sobre el “ser” de lo “real”.

Una vez que uno se lo plantea, resulta difícil pensar en un ejemplo más claro para concebir esta problemática que aquél en el que se muestran las diferencias ontológico-epistemológicas que existen entre los métodos cualitativos y cuantitativos para las ciencias sociales. ¿Puede decirse que los métodos cualitativos y los cuantitativos trabajan con los mismos datos? Difícil sería probarlo. ¿La *realidad* que estudian los métodos cualitativos es diferente a aquella que analizan los métodos cuantitativos? Imposible no preguntárselo.

Los métodos cualitativos presuponen no sólo una respuesta a los espinosos interrogantes epistemológico-ontológicos de más arriba, sino que a esa respuesta anudan muchas veces un compromiso y una responsabilidad hacia la alteridad que no deben ser interpretados como *ajenos* al dominio epistemológico-científico, sino la derivación lógica de un posicionamiento basado en un estricto criterio de validez científica.

#### EL ORIGEN DEL DATO

Como avanzamos más arriba, todo el problema epistemológico descansa en los límites y relaciones que se establecen entre “lo dado” y “lo puesto”. Desde una perspectiva cuantitativa, lo dado por sí mismo no alcanza para convertirse en dato, sino que se requiere su recolección metódica y su articulación con otros datos, todo lo cual se encuentra fundamentado en las teorías de los métodos cuantitativos. Para pasar de *lo dado* al *dato*, lo que se requiere es una epistemología, lo que a su vez presupone una ontología. Los astros deben preceder, por lógica, a astrólogos y astrónomos quienes, a pesar de compartir su objeto de estudio y hasta parcialmente su forma de acceso, se alejan en cuanto a sus opciones ontológicas; que la posición de los astros en un momento dado nos permita comprendernos a nosotros como sujetos psicofísicos y tempo-espaciales en un orden de causalidades a nivel cósmico no es algo que dependa de la observación, o de “lo dado”, sino del “ser” que la *subjetividad que conoce* le otorgue a aquello que se le ofrece en la experiencia: la categoría en la que lo integre.

El dato cuantitativo, entonces, no es más que un ordenamiento con bases ontológico-epistemológicas de “lo dado”, motivo por el que no puede menos que venir cargado con un *exceso* (“lo puesto”) que es fruto de la aplicación y la sumisión de “lo

dado” a las categorías conceptuales de raigambre ontológica que requieren los “datos” cuantitativos.

Una vez más, el planteo vuelve a mostrar su fecundidad cuando pensamos que, estrictamente hablando, un estudio cualitativo no puede poseer, *a priori*, ningún parámetro inapelable que pueda discriminar entre aquello que puede *ser* un dato para la investigación, y aquello que no. La postura del investigador cualitativo requiere un abandono de todo *apriorismo* posible, así como una reducción al máximo de toda explicación causal de corte universalista. En principio, toda carga teórica, todo conocimiento conceptual, todo saber preestablecido que no sea fruto de la intervención directa de los actores de los procesos que se intentan estudiar no puede menos que representar un profundo perjuicio, en tanto *ofrecen formas a la experiencia no atendiendo al “ser” que los actores le ofrecen sino al del observador foráneo.*

El enfoque etnográfico, en ese sentido y tomado en general, puede llegar a considerarse como el más fiel representante de esta postura, en la que los y las investigadores no dan nada por supuesto e intentan “ver el mundo con los ojos del otro”, expresión que ahora, para nosotros, tiene otro sentido, debido a que lo que se busca no es mirar desde otros ojos, los que posiblemente perciban las mismas impresiones que los nuestros, sino el contar con las categorías, conceptos y causalidades con los que la otra persona “da forma” a las manchas de color que captan sus ojos y a partir de las que formaliza su experiencia del fenómeno.

*A priori*, no se puede presuponer qué va a *ser* un dato y qué *no lo será* en una investigación cualitativa, y esto debido a que, *a priori*, sólo vamos a poder contar con las categorías nuestras, las que serán muchas veces, sino siempre, ajenas al campo y los actores a los que deseamos comprender. El “dato” comprendido cualitativamente es por eso mismo aquello en lo que “el otro” mostrará su privilegio respecto del *sujeto cognoscente* en la elaboración del conocimiento científico.

La *abstracción* es aquello que guía los pasos de la metodología cuantitativa, en tanto y en cuanto se intenta *buscar* en “lo dado” aquello que vaya más allá de las diferencias y que es advertido por el científico al *despojar y limpiar la experiencia de todo aquello no-esencial para la investigación*. Los métodos cuantitativos al ofrecer a sus teorías y conceptos un poder explicativo de corte universalista no pueden menos que, muchas veces, despreciar o no considerar algunos “datos” que en principio irían en contra de sus avances y teorías. Esto es consecuencia de un posicionamiento epistemológico en el que se presupone que la realidad social puede comprenderse de una forma no demasiado diferente a la que utilizan las ciencias físico-matemáticas. Estas disciplinas parten de una postura ontológica que a su vez presupone que algún tipo de realidad objetiva existe más allá de la conciencia subjetiva, y que el lazo de unión válido entre pensamiento y materia se cifra en las ciencias basadas en las cantidades numéricas observables. Desde esta perspectiva, es totalmente coherente que si un actor sugiere que “es hijo del cerro y la luna, y que está vivo porque un Nahual cuida sus pasos”, el investigador no otorgue a la causalidad y perspectiva ontológica del actor un valor de verdad, sino una mera construcción discursiva carente de toda relación con la “realidad” a la que la ciencia occidental cree poseer un acceso privilegiado y excluyente. No debemos olvidar que los investigadores son parte de la investigación misma y que por ende sus posiciones, privilegios, perspectivas e interacciones los afectan (Charmaz, 2000, 2006; Clarke, 2005, 2006), lo que por ende conlleva que toda investigación refleje siempre, de alguna u otra manera, posiciones valorativas (Charmaz 2008).

La metodología cualitativa tal como la presentamos parte de una perspectiva ontológica no totalitaria, y por eso desde su origen mismo debe aceptar que si algo así como “la realidad” existe, esta no podrá hacerlo por fuera de sus construcciones sociales, construcciones que no poseen por eso mismo ningún privilegio, ni ningún derecho excluyente, y que el saber científico, en este sentido, no es más que una narración posible sobre el mundo y la humanidad, tan arbitraria y parcial como cualquier otra, aunque particularmente totalitaria y soberbia. A esto debemos que, frente al “hijo del cerro y la luna protegido por el Nahual” el investigador cualitativo no se posicione como representando “el saber verdadero”, sino intentando compartir esa perspectiva que le resulta ajena, y que desea comprender *respetando la diferencia*.

Respetar la diferencia significa *dejarla ser*, lo que equivale a ofrecer un lugar, en la construcción del conocimiento, en el que el otro se ubique atendiendo a su *ser* propio, y no al lugar con el que el *sujeto cognoscente* intenta categorizarlo, subsumirlo, o explicarlo. Cuando el otro no ocupa el lugar que él mismo se reserva, sino aquél que se le había reservado o ninguno sino tenía pensado integrárselo, lo que se hace es privarlo de su diferencia. La diferencia es aquello que pierde la alteridad cuando se ve integrada en un sistema ontológico que le resulta ajeno e impuesto, y en el que su identidad se ve travestida y explicada atendiendo a categorías igualmente ajenas e impuestas (Levinas 1995).

Epistemológicamente, los métodos cualitativos estarían prontos a dar un lugar a la diferencia en la construcción del saber que lo incluya, sobre todo porque no se están buscando las grandes teorías universales sino los genuinos conocimientos que atienden a toda particularidad y *diferencia* humana (Greene 2012).

El afán científico por generar conocimientos universales y absolutos responde a una perspectiva ontológica que después de la posmodernidad se podría suponer, por lo menos, seriamente criticable hablando sólo desde lo científico, debido a que, pragmáticamente, las palabras sobran. En palabras de Becker (2014:219), las teorías “pretenden que sus preconceptos éticos sean incorporados a la investigación científica bajo la forma de aseveraciones fácticas no comprobadas que descansan en el uso implícito de juicios éticos que tienen un alto grado de consenso”.

Ese *respeto a la diferencia* que presupone el “dato cualitativo” viene por esto garantizado no desde la ética –aunque se confunda- (Levinas 1961) sino desde lo epistemológico, debido a que lo que se supone debe contribuir con la producción del conocimiento científico no es a la generación del conocimiento absoluto sino sobre todo a la disolución de los saberes totalitarios que intentan comprender la infinita diversidad humana atendiendo a un puñado de principios teórico-conceptuales *universales* y *a priori*. Evidentemente, las repercusiones del posicionamiento epistemológico cualitativo al que obliga la perspectiva ontológica que adopta conllevan un replanteo político directo en lo que hace al lugar del “científico” y al circuito en el que se “generan, producen y reproducen los conocimientos 'verdaderos'”. *El reconocimiento de la igual*

*capacidad de conocer de todos los seres humanos ¿No pone en riesgo los cimientos del pedestal sobre el que se eleva la llamada “ciencia”?* (Vasilachis, 2009:§65).

“Toda ciencia de hechos (ciencia empírica) tiene esenciales fundamentos teóricos en ontologías eidéticas” (Husserl 1962:§9). Lo eidético es aquello que no se funda en la experiencia y que, como en este caso, viene justamente a *fundar* la experiencia, a hacerla posible. Las esencias y conceptos universales son intemporales y *a priori*, motivo por el que no pueden menos que presentarse como la contracara de lo “lo dado” o “lo hechos”, que son siempre temporales y *a posteriori*. Este exceso que se imprime a la experiencia cuando se la conceptualiza, esencializa o, simplemente, se la aprehende, no contempla sus particularismos y diferencias (antes bien, hace *abstracción de ellas*), debido a que precisamente aquello universal es aquello total: allí dónde las diferencias fueron traducidas en identidades y, por ende, destruidas (Levinas 1967).

En esta línea es que Becker (2014:220) sugiere, atendiendo a sus problemas de investigación asociados con problemas sociales que “definir algo como desviado o problema social vuelve innecesaria la demostración empírica y nos protege del descubrimiento de que nuestros preconceptos son erróneos (cuando el mundo no es como lo imaginamos)”.

Las teorías generalizadoras y los conceptos universales obligan, desde su abstracción, a destruir todo eso “dado” y que no se convierte en “dato”, por lo menos, hasta su transformación en la que se lo priva de la diferencia. Para una metodología cualitativa, el dato más atractivo debería ser, bien al contrario, aquello ignorado e insospechado que el investigador no contempló y que si embargo termina oficiando como aquello que posibilita desafiar toda perspectiva preestablecida, permitiendo una comprensión del fenómeno totalmente renovadora e insospechada, actitud que vendría a coincidir incluso con los desarrollos filosófico-científicos de los que se nutren las ciencias físico matemáticas tales como los falsacionismos de Lakatos (*cfr.* 1987) y Popper (*cfr.* 1980), o los pragmatismos de Dewey (*cfr.* 1948) o Laudan (*cfr.* 1983, 1986).

Basándonos en nuestras consideraciones epistemológicas y ontológicas, podremos decir que “los datos” cuantitativos requieren que “lo dado” sea despojado de, por lo menos, parte de su *diferencia*, mediante un recorte arbitrario y parcial orientado

por un universalismo teórico-conceptual apriorístico y totalitario. Sin necesidad de presentar a los métodos cualitativos como la “contractara” de dicha aproximación gnoseológica, podemos decir que, por lo pronto, presentan una estructura epistemológica *permeable* a que “lo dado” pueda convertirse, al conservar su *diferencia*, sorpresiva y muchas veces contradictoriamente con los avances conceptuales de la investigación, en “dato”. Cuanto más lejos se ubique una investigación de presupuestos teóricos y conceptos generados *a priori* mayor será su capacidad para transformar y adaptarse a la novedad de los “datos” más insospechados (las *diferencias*), y por ende podría suponérsela más cerca de “lo dado”, lo que equivale a decir que se trata de una aproximación más *empírica* o, dicho vulgarmente, más *científica*.

Contrariamente a lo que suele decirse, los métodos cuantitativos, el positivismo de corte comteano<sup>1</sup> y el materialismo histórico, se presentan con una carga mucho mayor de “lo puesto” que de “lo dado”, y por eso, si se critican muchas veces a los métodos cualitativos por su escaso poder explicativo debe pensarse que eso no es más que el resultado lógico que se obtiene cuando se sabe reparar y respetar la *diferencia* que ofrece “lo dado”, y que por ende representan una orientación científica mucho más cercana a un posible empirismo, del que todo apriorismo y universalización no pueden menos que alejarse irremediabilmente por ser infalsables mediante la experiencia.

#### CONSECUENCIAS INMEDIATAS, UN EJEMPLO

La imposibilidad por comprender el verdadero alcance de los métodos cualitativos es una de las principales responsables de que se los vincule siempre como “por fuera” de las disciplinas científicas hegemónicas. Y sin embargo son en estos dominios dónde puede observarse el extraordinario poder de la metodología cualitativa, tal como se puede comprobar en el campo de la medicina occidental, espacio teórico-cognitivo que tradicionalmente se basa en la asimetría más marcada e insalvable a nivel del médico y del paciente. Fueron grupos de profesionales de la salud una de las

---

<sup>1</sup> Si se toma la definición de la RAE de positivismo (*sistema filosófico que admite únicamente el método experimental y rechaza toda noción a priori y todo concepto universal y absoluto*) se apreciará que sólo una metodología cualitativa podría asegurar la posibilidad de *falsar* los conocimientos, tal como supone un método experimental a posteriori.

primeras comunidades científicas que pudieron comprobar la importancia de un trabajo *cualitativo* con el *otro*, en el que no se lo somete a un programa universal *a priori*, sino que se atiende a su diferencia y se valora su propia narrativa en lo que hace a sus males, sus causas y sus remedios (Clifton 2003, Goyal et al. 2008, Thorne et al. 2016). Desde esta misma perspectiva, se comienza a considerar, por parte de aquellos grupos de médicos que se ocupan de elaborar los diagnósticos y establecer las terapias, que el hacer partícipes a los pacientes de sus dudas profesionales, sus perspectivas, y del proceso de diagnóstico mismo, se comenzaba a perfilar como un requisito fundamental para una terapia exitosa, y que el atender a “hechos” (Sandelowski et al. 2009) muchas veces no tenidos en cuenta por la ontología médica pero sí por la del paciente (Pesut et al. 2010; Reimer-Kirkham et al. 2012), podía llegar incluso a ser definitorio para la recuperación de este último (Clancy 2011, Henderson 2005). En una línea similar, desde la psicología, Wertz (2011) nos advierte sobre el carácter científicamente primordial que consiste en dejar que el actor dé cuenta por sí mismo de sus representaciones y en que los profesionales intenten trabajar *con* ellas y no *contra* ellas, sobre todo si se trata de una perspectiva terapéutica (Hansen-Ketchum et al. 2008) fundamentada desde un enfoque fenomenológico (McNamara 2005). La experiencia de la enfermería y los profesionales de la salud da cuenta, desde una perspectiva pragmática del *cuidado del otro*, lo irremplazable que el enfoque cualitativo supone a la hora de establecer el *diagnóstico* de un cuadro y, más aún, si corresponde *tratarlo*, y cómo (Morse 2006).

Cuando la enfermería, que es uno de los campos en los que los métodos cualitativos más han sabido brillar, intenta acercarse al paciente *cualitativamente*, lo que se realiza es un acercamiento basado en una apertura dispuesta a reconocer como “dato” entes insospechados y a abrirse a nuevas causalidades excluidas del saber médico hegemónico. El análisis de esos datos, a su vez, tampoco es desde esta perspectiva tarea exclusiva y excluyente de los profesionales, sino que se proponen tratamientos en los que el paciente es participante y tiene voz y voto, respetando de esta manera su *diferencia* psico-física. *Se trata de considerar el resultado del proceso de conocimiento como una construcción cooperativa en la que los sujetos esencialmente iguales realizan aportes diferentes. Esos aportes son el resultado del empleo de diferentes formas de conocer, una de las cuales es la propia del conocimiento científico* (Vasilachis 2003:30).

## CONCLUSIONES

La primer diferencia que encontramos entre métodos cualitativos y cuantitativos estriba en sus perspectivas ontológicas, que son las que ofrecen el fundamento para las distintas construcciones epistemológicas.

Si se supone que la razón, tal como la desarrolló la hegemonía de occidente, puede dar cuenta en sus teorías universales y en sus conceptos *a priori* de toda la realidad humana que no comparte ese desarrollo y lo ignora o incluso combate, se hará opción por una postura pseudo-científica en la que se recorta e interviene “lo dado” para poder convertirlo en “dato” de dicho conocimiento, haciendo de la experiencia un acontecimiento de orden mucho más cercano a lo subjetivo que a lo objetivo.

Si se opta por considerar que ninguna comunidad, ni científica, ni religiosa, ni política, ni deportiva, etc., posee un acceso privilegiado al “ser” de los entes, ni que ninguna narrativa, ontología o cosmovisión, puede pretender un acceso privilegiado y excluyente a las formas con las que la humanidad *conoce, habita y da sentido al mundo*, se deberá adoptar por fuerza un criterio ontológico y epistemológico de apertura frente a lo “dado”, que por las vías más insospechadas deberá poder llegar a convertirse en “dato”, lo que permitirá falsar tesis e hipótesis, lo que constituye la única fuente de certezas absolutas a las que podemos acceder las personas: la toma de conciencia sobre nuestros errores.

La aplicación de una perspectiva cualitativa como la presentada demuestra que su apertura epistemológica no totalitaria permite la incorporación de nuevos datos y perspectivas, lo que muchas veces hace avanzar los conocimientos científicos por fértiles caminos renovadores, cuyo resultado se puede apreciar de forma palpable en los campos de la enfermería y medicina.

Cuestionarse sobre lo que “son” los datos equivale a poner en el centro de la discusión los presupuestos ontológicos de los que parte el conocimiento científico, el lugar que le tiene reservado a sus productores “válidos”, y lo que se entiende por “progreso científico”. En este sentido, viene a resultar sumamente interesante la

perspectiva de Laudan (1983), que se plantea si no se estuvo poniendo el caballo detrás del carro, en el sentido de que se consideraba al *progreso científico* como consecuencia natural de la aplicación de un método racional, cuando quizás lo que debería observarse es qué se entiende por progreso, hacia dónde tiende y, sobre todo, a que racionalidad obedece y a quienes beneficia. Aún aceptando una *tasa de progreso científico* con base en la mayor solución de problemas, Laudan (1986) señala la importancia de establecer diferencias cualitativas y cuantitativas a la hora de evaluar cuantos problemas resuelve una teoría respecto de otra, advirtiendo, por ejemplo, contra las teorías que explican una mayor cantidad de casos que otras, pero que cualitativamente significan un retroceso en la búsqueda del bienestar humano.

Recordemos a esta altura de la reflexión, una vez expuestas las consideraciones epistemológicas, que *las elites, las clases gobernantes, los jefes, los adultos, los varones, los caucásicos –los grupos de mayor poder en general- conservan el poder (...) a través del control del modo en que la gente define el mundo, sus elementos y sus posibilidades (...) el control basado en la manipulación de las definiciones y las etiquetas funciona mejor y cuesta menos [que las formas más primitivas de control social]: la gente con poder lo prefiere. El ataque a la jerarquía debe comenzar con un ataque a las definiciones, etiquetas y nociones convencionales de quién es quién y qué es qué (...). Para decirlo de otra manera, estudiamos algunas formas de la opresión, y los medios por los cuales la opresión alcanza el estatus de algo “normal”, “cotidiano” y legítimo (Becker 2014:222).*

Por lo pronto, nosotros podemos anotar que si tal cosa como el “bienestar humano” va a ser perseguido por la ciencia atendiendo a criterios cualitativos, lo que se impone es *ofrecer un lugar al otro en su diferencia* para no hacer de su bienestar una abstracción *universalista y a priori* al que sólo podrán guiar los científicos iniciados sino una genuina y auténtica empresa cooperativa, en la que se parta de una postura como la de Habermas (2006) en la que se propone que el conocimiento de la humanidad sobre la humanidad sólo será válido en tanto tarea comunitaria en la que todos y todas aprenden de todos y todas. Cualquier otro estándar de validez conlleva una postura *totalitaria* en la que se priva a la alteridad de su diferencia constitutiva: en la que se la despoja de su independencia existencial.

Una perspectiva científica que parta de otros supuestos deberá asumir no simplemente la falta de validez de sus principios *a priori* no empíricos y de sus deducciones, sino también y junto a esto la falta ético-política que implica el no reconocer a la otra persona humana *la dignidad que le confiere su diferencia y la autoriza a otorgarse un ser con independencia de las categorías hegemónicas, científicas, políticas y totalitarias.*

#### REFERENCIAS

Becker, H. (2014). *Outsiders: hacia una sociología de la desviación*. Avellaneda: Siglo veintiuno.

Berg, B. L. (1989). *Qualitative research methods for the social sciences*. Boston: Allyn & Bacon.

Charmaz, K. (2000). Constructivist and objectivist grounded theory. In N. K. Denzin & Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (2nd ed., pp. 509–535). Thousand Oaks, CA: Sage.

Charmaz, K. (2006). *Constructing grounded theory: A practical guide through qualitative analysis*. London: Sage.

Charmaz, K. (2008). Constructionism and the Grounded Theory. En J. A. Holstein & J.F. Gubrium (Eds.), *Handbook of Constructionist Research* (pp.397-412). New York : The Guilford Press.

Clancy, A. (2011). “An embodied response: Ethics and the nurse researcher”. *Nursing Ethics*, 18(1), 112-121.

Clarke, A. E. (2005). *Situational analysis: Grounded theory after the postmodern turn*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Clarke, A. E. (2006). Feminisms, grounded theory, and situational analysis. In S. Hess-Biber & D. Leckenby (Eds.), *Handbook of feminist research methods* (pp. 345–370). Thousand Oaks, CA: Sage.

Clifton-Soderstrom, M. (2003). “Levinas and the patient as other: the ethical foundation of medicine”. *The Journal Of Medicine And Philosophy*. 28(4), 447-460.

Collins, C. C., & Dressler, W. W. (2008). Cultural consensus and cultural diversity: A mixed methods investigation of human service providers’ models of domestic violence. *Journal of Mixed Methods Research*, 2(4), 362-387.

Dewey, J. (1948). *La experiencia y la naturaleza*. México D.F. Fondo de Cultura Económica.

- Goyal, R., Charon, R., Lekas, H-M., Fullilove, M., Devlin, M., Falzon, L. & Wyer, P. (2008). "A local habitation and a name: how narrative evidence-based medicine transforms the translational research paradigm". *Journal Of Evaluation In Clinical Practice*, 14(5), 732-741
- Greene, J. C. (2012). Engaging Critical Issues in Social Inquiry by Mixing Methods. *American Behavioral Scientist*, 56(6), 755-773.
- Habermas, J. (2006). *Entre naturalismo y religión*. Barcelona. Paidós.
- Hansen-Ketchum, P., & Myrick, F. (2008). Photo methods for qualitative research in nursing: an ontological and epistemological perspective. *Nursing Philosophy*, 9(3), 205-213. doi:10.1111/j.1466-769X.2008.00360.x
- Henderson, P. (2005). "Mortality and the ethics of qualitative research in a context of HIV/AIDS". *Anthropology Southern Africa*, 28(3/4), 78-90.
- Husserl, E. (1962). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Mexico D.F.. Fondo de Cultura Económica.
- Husserl, E. (1976): *Investigaciones lógicas*. Madrid. Revista de occidente.
- Kerlinger, F. N. (1979). *Behavioral research: A conceptual approach*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Lakatos, I. (1987). *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*. Madrid. Tecnos.
- Laudan, L. (1983). *Science and Values*. Berkeley. University of California Press.
- Laudan, L. (1986). *El progreso y sus problemas*. Madrid. Encuentro Ediciones.
- Levinas, E. (1961). *Totalité et Infini*. La Haye. Martinus Nijhoff.
- Levinas, E. (1967). *En découvrant l'existence avec Husserl et Heidegger*. Paris. Vrin.
- Levinas, E. (1995). *Entre nous. Essais sur le penser -à- l'autre*. Paris. Grasset.
- McNamara, M. (2005). Knowing and doing phenomenology: The implications of the critique of 'nursing phenomenology' for a phenomenological inquiry: A discussion paper. *International Journal Of Nursing Studies*, 42695-704. doi:10.1016/j.ijnurstu.2005.02.002
- Miles, M. B., & Huberman, A. M. (1994). *Qualitative data analysis: An expanded sourcebook* (2nd ed.). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Morse, J. M. (2006). Insight, Inference, Evidence, and Verification: Creating a Legitimate Discipline. *International Journal Of Qualitative Methods*, 5(1), 1-7.
- Pesut, B., & Reimer-Kirkham, S. (2010). Situated clinical encounters in the negotiation of religious and spiritual plurality: A critical ethnography. *International Journal Of Nursing Studies*, 47815-825. doi:10.1016/j.ijnurstu.2009.11.014

Popper (1980). *La lógica de la investigación científica*. Madrid. Tecnos.

Reimer-Kirkham, S., Pesut, B., Sawatzky, R., Cochrane, M., & Redmond, A. (2012). Discourses of spirituality and leadership in nursing: a mixed methods analysis. *Journal Of Nursing Management*, 20(8), 1029-1038. doi:10.1111/j.1365-2834.2012.01480.x

Sandelowski, M., Voils, C. I., & Knafl, G. (2009). On Quantitizing. *Journal Of Mixed Methods Research*, 3(3), 208-222.

Thorne, S., Stephens, J., & Truant, T. (2016). Building qualitative study design using nursing's disciplinary epistemology. *Journal Of Advanced Nursing*, 72(2), 451-460. doi:10.1111/jan.12822.

Vasilachis, I. (2003). *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Gedisa. Barcelona.

Vasilachis, I. (2009). "Ontological and epistemological foundations of qualitative research". *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10 (2).

Wertz, F. (2011). The Qualitative Revolution and Psychology: Science, Politics, and Ethics. *Humanistic Psychologist*. 39(2), 77-104.